

**Al desembarcar,
Jesús vio una gran muchedumbre
y se compadeció de ella,
porque eran como ovejas sin pastor...**

Mc 6, 34



Un ícono bíblico
para esta etapa
de nuestro camino sinodal



ASAMBLEA ECLESIAL
DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE



Iglesia de Quilmes,
¡camina con la alegría
del Evangelio!
3.º SÍNODO DE QUILMES

Un ícono bíblico

PARA ESTA ETAPA
DE NUESTRO CAMINO SINODAL

Al desembarcar, Jesús vio una gran muchedumbre y se compadeció de ella, porque eran como ovejas sin pastor...

Mc 6, 34

1. Cuando estábamos apenas comenzando nuestro camino sinodal, la pandemia de COVID-19 nos sorprendió como una tormenta inesperada y furiosa. Todas, todos, experimentamos de un modo u otro la violencia de la tempestad y la fragilidad de nuestra barca. La emergencia sanitaria — con sus muchas repercusiones y secuelas — nos obligó a detenernos, a poner en pausa planes, proyectos, encuentros... Y a tomar otros rumbos, algunos que no habíamos imaginado, otros que no hubiéramos elegido...

Muchas personas y comunidades, con creatividad y generosidad admirables, salieron al encuentro de lo inesperado para crear espacios de solidaridad, tejer redes de contención y acompañamiento, tender la mano a quienes más estaban (y están) sufriendo. Gustamos la soledad, la sufrimos, buscamos estar cerca a pesar del distanciamiento. Aprendimos a encontrarnos de otro modo, a celebrar de otro modo, a vivir y compartir la fe de otro modo.

2. Ahora, de a poco, vamos como desembarcando. Lo sabemos bien: la pandemia no está superada, la emergencia sanitaria no ha terminado, la tempestad no ha cesado. Todavía es tiempo de seguir cuidándonos y, sobre todo, respondiendo a ese «Ámense unos a otros...», de seguir cuidando a otras y otros, en especial a quienes son más vulnerables o han sido más golpeados por la tormenta. No es tiempo de decisiones imprudentes, ni de dejarnos vencer por ansiedades, y mucho menos de ser indiferentes. Vamos apenas, de a poco, desembarcando. Como Jesús y los discípulos, en este «ícono bíblico» que les proponemos para esta etapa del camino sinodal.

Se habían retirado a un lugar aparte, buscando recobrar fuerzas con el descanso y la compañía fraterna (Mc 6, 30-32). Pero también entonces surge lo inesperado: esta vez no es una tormenta, sino una multitud que busca a Jesús

(Mc 6, 33). Vienen de todas partes, se apresuran a llegar, traen consigo sus cargas, sus dolores, sus esperanzas... Y esa pequeña comunidad de doce reunidos en torno a Jesús, que buscaba calma después de un gran esfuerzo, de repente, se ve rodeada por una multitud. De nuevo, lo inesperado frustra los planes que habían hecho.

3. Lo que sorprende de Jesús es su capacidad de *acoger lo inesperado*, de recibirlo sin lamentos ni decepciones, de hacerle espacio. Así como lo encuentra, así como está. ¿Qué lo mueve a pararse así ante la realidad, tal como viene? «*Jesús vio... y se compadeció*» (Mc 6, 34).

Lo mueve esa *capacidad de ver*, de ver a otras y otros, de ver a su pueblo. Esa capacidad no se improvisa, implica un trabajo interior, una conversión paciente de nuestra mirada. Implica correrse uno mismo del centro, renunciar a planes y proyectos preconcebidos, hacer espacio a otros distintos de uno mismo. Ver —lo mismo que escuchar— supone tomar la decisión de no anticiparnos al otro con nuestros propios juicios y propósitos. Supone apertura franca, sin intenciones ocultas, sin intereses mezquinos. Jesús ve de ese modo.

Y se compadece. Se deja tocar por la realidad que le sale al encuentro, también esa realidad que él mismo no había elegido. Se deja conmover desde las entrañas. Se deja movilizar, en sus energías más profundas, por esas otras y esos otros que encuentra en su camino. Esa compasión no es ni pasividad, ni lástima, ni falso sentido de superioridad revestido de beneficencia. Es la ternura y el coraje del amor. Es el corazón desbordante del padre que corre a abrazar al hijo que se había alejado (Lc 15, 20). Es el coraje de quien, más allá de preceptos y fronteras, acepta salirse de su propio camino para hacerse prójimo del ser humano caído, golpeado y herido (Lc 10, 33). Esa compasión, esa misericordia, como nos ha recordado tantas veces el Papa Francisco, no es un detalle al margen ni un añadido circunstancial: es la fibra íntima, el corazón mismo del evangelio.

Desde esa compasión, actúa Jesús. Desde esa compasión acepta hacerse cargo, llevar las cargas de esa multitud que ha encontrado inesperadamente.



Elige estar al lado y comprometerse con ella. Aquella tarde, Jesús «se puso a enseñarle muchas cosas» (Mc 6, 34) y, cuando ya iba anocheciendo, partiendo el pan —lo poco que tenían— sació su hambre (Mc 6, 35-44).

4. Los discípulos, que no parecen haber comprendido lo que mueve a Jesús, hubieran querido despedir a la multitud. Con mucha prudencia y buen juicio, por cierto, parecería: que cada uno se consiga algo para comer, no sea que pasen hambre. Hubieran preferido volver a lo suyo, a sus planes, tal vez incluso a su esperado descanso.

Jesús les pide salir de sí mismos: «Denles de comer ustedes» (Mc 6, 37), poner lo que tienen para vivir —aquello que los hace vivir— para que otras y otros vivan (Mc 6, 38). Y, al final, recogiendo de la sobreabundancia doce canastas llenas (Mc 6, 43), les muestra el sentido de esa pequeña y pobre comunidad de doce que quiso reunir a su lado: no para ella misma, no para estar a gusto, sino para *ver* y *compadecerse*, para seguir multiplicando el pan y la palabra.

5. ¿Qué nos propone este «ícono bíblico» para nuestro camino sinodal?

Tal vez nos propone, ante todo, reconocer desde la gratitud y la confianza que, también a nosotros y nosotras, Jesús nos ve y se compadece. Así como estamos, cansados y pocos, con las manos casi vacías y nuestras frustraciones auestas, medio golpeados y quizás incluso un poco deshechos entre tanta tormenta...

Y también nos propone «tener los mismos sentimientos de Cristo» (Flp 2, 5), ver y compadecernos a su modo. Ver, renovar la escucha, acoger incluso lo inesperado de esta realidad tal como nos viene al encuentro, sin juicios previos ni proyectos preconcebidos... Compadecernos, dejarnos interpelar, movilizar, conmover desde lo más profundo por esos otros, esas otras, nuestro pueblo. Hacer nos cargo de sus cargas. Con ternura, con coraje, con paciencia, con un amor humilde que no pretende saberlo todo ni poderlo todo...

Desde esa mirada y esa compasión, redescubrimos que no hemos sido convocados y reunidos (esos dos verbos que están en la raíz de la palabra *ekklesía*, «iglesia») para nosotros mismos, para sentirnos a gusto o lamentarnos mirando hacia adentro entre la ilusión y la frustración repetidas... sino por y para otros y otras, en medio de este nuestro pueblo. Y se despierta esa creatividad que, con muy poco, incluso con casi nada, puede crear espacios que vuelven a alentar la vida y ofrecen —muy humildemente— el signo de una compasión más grande que la nuestra, de un reino que no nos pertenece y tiene siempre horizontes más amplios que los nuestros, de una esperanza que se nos ofrece siempre, inesperadamente, «contra toda esperanza».

Propuestas

PARA REFLEXIONAR Y COMPARTIR
EN COMUNIDAD

El **Cuaderno de trabajo #1**, disponible en el [sitio web de nuestra Diócesis](#), contiene algunos aportes y pistas para el diálogo en comunidad a la luz de este ícono bíblico. Les proponemos encontrarse entre la fiesta de Pentecostés (domingo 23 de mayo) y el aniversario de la pascua de nuestro Padre Obispo Jorge Novak (viernes 9 de julio) para reflexionar, entre otras, estas preguntas. Las respuestas serán recibidas por la Comisión Sinodal hasta el 17 de julio. A partir de ellas, iremos acercándoles nuevas propuestas para esta etapa de nuestro camino.

En las páginas siguientes encontrarán la oración y la letra del himno de nuestro tercer Sínodo para utilizarlas en los encuentros.

- **Ver y compadecerse.** A la luz del ícono bíblico que acompañará esta etapa de nuestro camino sinodal, después de detenernos a mirar la vida de nuestro pueblo en este tiempo, podemos compartir:
 - ¿Qué nos conmueve, nos toca las entrañas, nos interpela... de la vida de nuestro pueblo en este momento?
 - ¿Qué podemos aportar las comunidades cristianas a nuestro pueblo?
¿A qué nos llama hoy el evangelio?

■ Oración por el tercer Sínodo diocesano

Querido Padre Dios:

Nos has convocado a «caminar juntos, juntas»
en esta porción de tu Iglesia
que es la Diócesis de Quilmes.

Ayudanos con tu gracia a mirar en tu pueblo:
sus alegrías y esperanzas,
sus tristezas y angustias.

En tus manos ofrecemos
la preparación y la celebración
de nuestro tercer Sínodo diocesano.

Queremos ser la Iglesia que soñó Jesús:
samaritana, cordial, solidaria
y en búsqueda de la justicia y la paz,
especialmente con los más pobres,
abrazando misericordiosamente a todos.

Que tu Espíritu Santo nos convierta en «Iglesia en salida»
y nos lleve a las periferias «geográficas y existenciales»
de Florencio Varela, Berazategui y Quilmes,
como nos pide el Papa Francisco.

Allí vamos junto a la Inmaculada Virgen María,
patrona de nuestra Diócesis.
Amén.

■ **Himno del tercer Sínodo diocesano**

Caminando juntos (letra y música: G. Pravia | [escuchar](#))

1. Vamos caminando juntos desde nuestra identidad:
en la opción por los más pobres, defender su dignidad,
ir con todos los cristianos trabajando por la unión,
los Derechos para todos, siendo Iglesia en Misión.

**¡Vamos, Iglesia de Quilmes! Camina
con la alegría del evangelio.**

**¡Vamos, Iglesia de Quilmes! Camina
en medio del pueblo, señal del reino.**

2. Vamos caminando juntos. Nos paramos a escuchar,
lo que nos está diciendo Dios en esta realidad.
Con memoria agradecida, muy atentos para ver
los caminos que nos piden renovarnos y crecer.
3. Vamos caminando juntos. Hoy queremos discernir,
a la luz de la Palabra, ver por dónde hay que seguir.
La Verdad es sinfonía, siempre va en comunidad,
nos recuerda la utopía, nos impulsa a avanzar.
4. Vamos caminando juntos. Hoy nos urge orientar,
en servicio y en salida, la estructura pastoral.
Nuestra vida como Iglesia es la evangelización:
solo con misericordia es creíble nuestra voz.
5. Vamos caminando juntos y es un gozo celebrar
tanta Vida compartida, tanta Gracia en nuestro andar.
Con la herencia del Obispo Jorge Novak, fundador,
navegamos mar adentro en el corazón de Dios.